

refute estas posibles atribuciones incitadas por su frase. En uno de sus poemas dice: «Los textos terminados no nos sirven./ Tan sólo reconocemos lo incompleto». «Si un texto alguna vez se completase,/ ya no leería ningún otro» (XI, 19). Exacto. Si el texto se completase lo haría con nosotros: no nos dejaría salir, no querríamos salir.

Juarroz dice que la mirada de la palabra es su sentido y que no somos nosotros quienes la miramos sino ella quien nos mira, haciendo evidente, o casi, una escisión que el poeta desearía restañar: «Tal vez mañana halle una palabra/ que ya no mire hacia ninguna parte (...) Una palabra que se deje mirar». No podría ser dicho mejor. Las palabras nos miran, nos señalan constantemente como referentes de su contenido; es una mirada con la que ellas se mantienen fatalmente unidas a nosotros. Su sentido apunta continuamente a la realidad del hombre, de ahí que no podamos mirarlas como miramos una hoja, una roca. Las palabras están enfermas de significación y ha sido así desde que el hombre es hombre. La poesía para Juarroz es una forma de la ausencia (también Alejandra Pizarnik dijo que las palabras no hacen el amor sino la ausencia), no es como el árbol, dice, que es una lección de presencia donde recuerdo y olvido están resueltos armónicamente, sino un eco, un reflejo «en el lugar de la palabra que no existe». No hay ninguna palabra en la que apoyarse, no hay ninguna palabra sin revés: todas nos remiten a otras. No hay, como vio Mallarmé, texto primigenio; no hay, pues, libro: sólo fragmentos. Esto es lo que vemos una y otra vez en Juarroz, que la palabra sufre una carencia ontológica y al mismo tiempo trata de devolvernos el ser. La poesía, escribió Heidegger y Juarroz se congratula en ello, es la casa del ser. Con esa magia tan suya, el poeta argentino ha escrito: «Las palabras son pequeñas palancas, pero no hemos encontrado todavía su punto de apoyo». (IV, 46). Tal vez toda palabra se apoye en una sucesión de fantasmas. Su compatriota Jorge Luis Borges pensó lo mismo: toda historia traduce a otra que a su vez... No hay historia primera. Ninguna historia tiene dónde apoyarse. De ahí esa suerte de irrealidad que tanto Borges como Juarroz expresan en ocasiones; salvo que el segundo parece haber tocado algunas certezas. Una de ellas: el implícito poder celebratorio de la poesía. Sin embargo, el cuentista (yo diría el poeta, porque eso es lo que me parece que fue, escribiera en prosa o en verso) budista schopenhauriano, optó o asumió la señal de disipación que le hacían los signos.

Aunque es extremadamente consciente de esta ausencia primera y se ha referido a ella en muchos textos últimos, Juarroz ve en ello, quizá debido a la identidad entre la vacuidad y lo fenomenal, una cualidad paralela a la presencia plena de la naturaleza: «por eso el árbol y la canción estarán siempre juntos,/ aunque el invierno abata las palabras y las hojas» (VI, 30).

Si el lenguaje ordinario es una mediación opaca entre las cosas que instala la extrañeza en el mundo, el lenguaje de la poesía, según nos señala Juarroz, opera como transparencia que relaciona un objeto con otro: el río y la memoria, las piedras y la niebla. No otra cosa dijeron los surrealistas y, antes, Lautréamont al referirse al poder creador de la metáfora. La poesía pone en contacto a las cosas, es el escenario de la aparición del mundo mientras que en el uso ordinario del lenguaje, la opacidad niega al mundo; instrumentaliza y codifica lateralmente las palabras y así nos deshabita, endurece nuestra percepción. Consciente de esta rigidez hacia la que tendemos, Juarroz hace del poema el escenario

del mundo, concibe el poema como espacio donde las cosas vuelven a su estar primero. Así creo que ocurre, al menos, en sus mejores momentos.

El poeta busca una palabra sin reverso, una palabra que contenga en sí al mundo, pero al mismo tiempo teme que esa palabra sea precisamente la que le niegue. Juarroz trata de sugerir que una palabra que no puede ser pronunciada tiene todas las características del mundo no verbal, incluida la extrañeza respecto al signo, a la metáfora, al símbolo: «hallar una palabra/ escrita solamente con mayúsculas/ y no poder entonces pronunciarla» (I, 59). Nombrarla sería crear un signo que aludiría a esta palabra impronunciable. Esta contradicción está en el centro de la poesía de Juarroz y, creo, en gran parte de la mejor poesía de este siglo. Es una tensión creativa que ha integrado la conciencia crítica: un saber lúcido respecto al lenguaje. Lo que aquí late ha tocado, obviamente, a muchos místicos: lo que no puede decirse ha de ser vivido en silencio. Pero, a diferencia del místico, el poeta cree que debe decir: un hacer que conlleva en su seno el silencio y el no hacer. Juarroz tiene nostalgia de lo indiferenciado, de un tiempo en el que «hasta Dios empezará a hablar/ y yo haré mis versos con mis manos,/ para que nadie pueda ya confundirse» (I, 60). Ve, en ese hablar de Dios —o nosotros debemos suponerlo— una identificación del ser consigo mismo. De esta manera «Las manos del poema/ reconquistan la antigua reciedumbre/ de tocar las cosas con las manos» (IV, 11).

Guillermo Sucre, en su excelente ensayo «Juarroz, sino/ si no» en *La máscara, la transparencia* (1975), afirma que el verdadero ámbito «de toda su poesía es el desasimiento de(l) ser. Es el reverso y no el anverso de(l) ser lo que fascina a Juarroz, y aun lo abisma». No es extraño en un siglo donde lo oculto ha sido lo que Helena para tios y troyanos: el psicoanálisis, el universo subatómico, la estructura como verdadero significante... Juarroz dice que «el revés es la zona/ donde se encuentra todo lo perdido», y esto es lo que se ha propuesto o con lo que trata de cumplir su obra: revelar en las apariencias el otro lado que las constituyen, sólo que al revelar el rostro oculto altera el visible. Lo invisible transforma, gracias al poder del poema, el mundo de las apariencias. Como el propio título de su poesía sugiere, su escritura se va hacia lo hondo. Como Heidegger, sabe que «La palabra propia del hombre/ todavía no existe» (VI, 11) y que la poesía se propone esa búsqueda.

Como en José Ángel Valente, más aún que en el poeta español, en la poesía de Juarroz no aparecen las señales sociológicas más comunes, tampoco nombres de plantas, hierbas, nubes, ni el cuerpo humano (ni el animal). ¿Juarroz vive en Buenos Aires o en Nueva York, en París o en Madrid? Podría estar en cualquiera de estos sitios. Es, esto sí, occidental, y es oriental (como ha visto con agudeza Enrique Abel Foffani), pero con la persistencia y la voluntaria coherencia que suelen serlo los occidentales atraídos por el orientalismo. Como expresado con cierto pudor, aquí y allá, Juarroz desliza, insinúa una presencia femenina; pero nunca se atreve a presentárnosla y menos a desnudarla en el poema. ¿Pudor o pesimismo? No lo sé. No es un poeta amoroso, tampoco carnal; no es un poeta de la ciudad, ni de espacios abiertos ni cerrados; tampoco (nunca) ha introducido en sus poemas actualidades del lenguaje, términos cotidianos. Jamás ha cambiado de manera de entender el poema. Nunca se ha sentido tentado por las formas tradicionales, nunca o casi nunca ha sido lírico o barroco; siempre ha puesto las dedicatorias al pie,

nunca a la cabeza del poema; jamás ha titulado un poema; apenas si ha citado en sus poemas a otros poetas. En fin, a pesar de todo esto, es de nuestros días y probablemente será de otros días en los que la mayoría de los signos de nuestro mundo serán una antigualla sólo digna de semiólogos.

Al terminar estos apuntes veo que, quizá guiado por una obsesión personal que se ha visto alimentada por los poemas de Juarroz, me he centrado sobre todo en el problema del lenguaje y aquello que designa. No es el único tema del poeta argentino, tampoco he pretendido totalizar el mundo de Juarroz. Muchos son los temas que podrían estudiarse: la muerte, la solidaridad, el silencio, el destino humano, la fatalidad... Quiero concluir este acercamiento y homenaje con un pensamiento de Pascal que me parece hecho para definir cualquier momento de su poesía: «Ver tres verdades con el mismo espíritu: las cosas son reales, irreales, y ni reales ni irreales».

Juan Malpartida





Roberto Juarroz